

MANUEL JULIÁN

MAÑANAS  
QUE SE  
PARECEN



DÉDALO

# MAÑANAS QUE SE PARECEN

Manuel Julián



DÉDALO



Título original: “*Concierto para Oboe*”  
Primera edición: abril 2021

© Manuel Julián

© 2021 Editora: *Violant Muñoz i Genovés*  
© Ediciones Mediática, agencia cultural  
Para esta edición: Ediciones Dédalo  
c/ Espronceda, 366, local. 08027 Barcelona  
Tel. 933 120 162

© Diseño gráfico: Dailos DCC  
© Fotografía: Joan Valera Photography

Maquetación:  
Depósito legal:  
Impreso en:  
ISBN:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros soportes y métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos que se mencionan puede ser considerada como delito contra la propiedad intelectual, tal y como se recogen en el artículo 270 y los siguientes, del Código Penal.

Diríjase a la editorial para cualquier solicitud sobre reprografía en cualquier formato o soporte, ya sea este digital o analógico.

Diseño: Colección: Basalto

# MAÑANAS QUE SE PARECEN

Manuel Julián



# Índice

	Capítulo	Página
	Prefacio	8
	Prólogo	12
1	Ninfas y campos dorados	18
2	Infancia en Gdansk	37
3	Señora Guasch	66
4	Adam. ¡Enciende el portátil!	102
5	Vuelo a Múnich	118
6	Tienda de relojes <i>Hilscher</i>	136
7	El pasado siempre regresa	155
8	Oculto entre el bosque	169
9	Flores en el barro	184
10	El restaurador de libros	198
11	Suburbio oriental de Varsovia	221
12	Cementerio Lostowicki	244
13	Concierto de invierno	271
14	Notas en los márgenes	283
	Agradecimientos	305
	Personajes	307
	Banda Sonora Original	309
	Localizaciones	310



# Prefacio

La pantalla blanca de un ordenador, una taza de café y Golden Heart en mi reproductor de discos. Todo presagiaba que este sería un gran comienzo. En 2012 visité Polonia para recoger un premio, un reconocimiento profesional por fomentar los valores de empresa. No estuve mucho tiempo, en realidad solo fueron cuatro días, pero paseando por las calles de Gdansk surgió el personaje principal de este relato.

La mañana era muy fría y el aliento se congelaba en mi garganta cuando lo vi, era un músico que tocaba el oboe en la puerta de una iglesia. No llegamos a conversar, pero su música me transmitió todo el mensaje. Era temprano, la luz anaranjada y cálida de las farolas todavía iluminaba el húmedo suelo de adoquines. Me sonrió cuando dejé caer unas monedas en su estuche y percibí un acopio de emociones en aquel pequeño gesto, un mudo mensaje cargado de fuerza y misterio.

Regresé a la habitación del Sheraton, y me senté delante de la ventana a saborear un té caliente, uno de aquellos con frutas del bosque. El día estaba nublado y pronto el cristal se llenó de gotas de lluvia, entonces lo supe: la tristeza del oboe y la melancolía de la lluvia crearon la atmósfera ideal para la portada de este libro. Ahora, casi una década después de aquel singular viaje, una antigua sensación regresa en la forma de este libro: *“Mañanas que se parecen”*,



un relato basado en la vida, rutinas, alegrías y tribulaciones de un músico nacido en Polonia.

Adam Badziag solo tenía dos referencias en su vida: la música y Andzie, pero cuando una de ellas se desmoronó, la otra perdería inevitablemente su sentido. Una gota de aliento sobre el amor que después de atravesar un abrasador desierto se disipa con la primera brisa de primavera.

He reído, me he emocionado y sufrido con la vida de Adam y el motivo quizá sea que no he hablado únicamente de él sino también de todos nosotros, de cada vez que la vida nos decepcionó tanto, que nos sentimos como Adam, perdidos y desorientados.

Este relato romántico incluye episodios de cierta violencia, más o menos como la encontraríamos en un canal de noticias. Un lamentable comportamiento que ha acompañado al ser humano desde el principio de los tiempos. Personalmente nunca he amado la violencia, ni jamás podré justificar el deseo de venganza, solo me he limitado a describir los hechos y ahondar en los miedos e incertidumbre de algunos de sus personajes. He cuidado los detalles que explicaban por qué se sentían así y cómo la adversidad le había arrastrado a un abandono gradual de aquellas creencias y valores que les fueron inculcados durante su juventud.

Los primeros años en la vida de Adam habían sido un desastre y su actitud a la edad adulta era una inevitable consecuencia de lo anterior. Este es un libro en el que la mayoría de sus protagonistas no son lo que parecen, en el que los sucesos experimentan cambios de ritmo, giros inesperados y que no siempre siguen un orden cronológico. La lectura será fácil y cómoda, pero habrá que estar atentos.

La acción se desarrolla en diferentes ciudades: Barcelona, Gdansk, Múnich y Londres. Cada una de ellas causa una profunda huella en el transcurso de la historia. Ha sido un verdadero reto crear los ambientes sobre lugares que todavía no he visitado, principalmente de Múnich y Londres, aunque como en otros casos, he contado con buenos colaboradores. Alguien me dijo que esto en sí mismo podría resultarme beneficioso porque ponía a prueba mi aptitud creativa y que si con solo unas gotas de lluvia sobre un cristal he reconstruido estos personajes, ¿qué habría pasado si hubiera dedicado un par de meses a visitar el resto de Europa?

De entre todos mis leales colaboradores destaca mi editora, Violant Muñoz. Cuando le hablé de este nuevo proyecto me dijo que no podría valorarlo en ese momento, pero que quería publicarlo cuanto antes. Le pregunté cómo podía estar tan segura si todavía no había leído ni una sola línea y simplemente me respondió: *“Me da igual, el libro es tuyo, luego es bueno”*. Esa confianza ha sido siempre para mí como una esperanzadora luz en los momentos más oscuros. Ella es en realidad el aceite que hace que los engranajes de Ediciones DÊDALO continúen girando sin fricciones ni recalentamientos.

Este relato tuvo su origen cinco años antes de la pandemia del Covid-19, por lo que cualquier parecido o similitud con todo lo que sucedió después, es pura coincidencia.

Algo que hace muy especial este nuevo libro es su prólogo, esta vez de la mano de dos antiguos compañeros de la infancia. Tanto Farizo como Espuny compartieron conmigo los primeros años de mi vida, dos buenos amigos que

aprecian lo que hago y que han seguido mi trayectoria desde el principio. Otras dos cosas que tampoco había hecho antes ha sido una lista de los personajes principales, de las localizaciones e incluso de las canciones, que como una Banda Sonora Original aparecen con todo lo demás en las últimas páginas.

No ha sido fácil mantener el clímax de un thriller de acción basado en un relato con un fondo romántico, de hacerlo sin desperdiciar la oportunidad de las descripciones. La propia voracidad de los sucesos me empujaba a ahorrar muchas palabras, pero no he querido sacrificar la intensidad de las emociones simplemente por ir deprisa durante una persecución o por abandonar cuanto antes ese instante para pasar a otro enfoque de esa misma secuencia desde otro ángulo. El “*storyboard*” de cada instante ha estado siempre en mi mente, pero en esta historia cada uno de los protagonistas ha necesitado tener su propia voz.

Sé que les echaré de menos.

Manuel Julián

# Prólogo

En ocasiones, un encuentro aparentemente casual, una serendipia, puede dar un giro radical a nuestras vidas. Es lo que le sucede a Adam, protagonista de la historia. Joven polaco que desde niño desarrolla y cultiva su inclinación por la música. Su vida, marcada por una infancia infeliz, se abraza y gira en torno a lo cotidiano, a la paz de su primer amor y a la melodía del oboe.

Será su encuentro con una misteriosa mujer lo que altere hasta lo inesperado su cotidianidad. Lo que haga que sus mañanas rutinarias, previsibles y parecidas, se conviertan en una vorágine de aventura, intriga y misterio.

Manuel Julián, explora y plasma hábilmente la psicología de personajes que tienen en común algún tipo de resentimiento por episodios del pasado, aspectos que les condicionan el presente y que lo ahogan con afán de justicia o venganza. Personajes descritos con detalle y esmero, casi con arte pictórico, de modo que te familiarizas desde el primer momento con sus vidas y puedes visualizarlos, incluso vivirlos en primera persona. Personajes que van tejiendo un entramado inquietante y que te van atrapando con un ritmo que va in crescendo, que cautiva y sorprende hasta la última escena.

He de destacar la capacidad del autor de no dejar cabos sueltos y de interrelacionar los distintos personajes que van apareciendo y conformando un guion que se va sucediendo entre Polonia, Alemania, Londres y Barcelona, que oscila entre la paz de un concierto para oboe de la orquesta filarmónica y el vértigo en que transitan agentes de la CIA o mercenarios chechenos. Todo siempre condicionado por el más noble sentimiento que mueve el mundo, el amor. No puedo pasar por alto la finura que tiene Manuel Julián para incrustar dulzura, frases aparentemente casuales pero bellas y poéticas, en medio de escenas de acción e intriga. Un alarde involuntario del manejo del lenguaje y de cómo conectar con la emotividad de quien lo lee.

Cuando Manuel Julián me pidió que escribiese el prólogo de su último libro me sentí francamente halagado. Un honor y un reto. Valoro sobremanera a las personas que viven su *Ikigai*, razón para vivir, con tanta intensidad. Yo mismo me identifico con esa idea, la de encontrar nuestro sentido en la vida, la razón de ser que cada uno de nosotros atesoramos en el alma. Para mí, el fútbol y el arbitraje son mi pasión y casi mi razón de ser. Entiendo pues cómo Manuel Julián vive la literatura con esa intensidad que traspassa. Cómo se entrega a su pasión por la narrativa. Y cómo la trabaja. Incansable, constante, perfeccionista. Una y otra vez. Tesón, perseverancia.

Julián, compañero de mi infancia y adolescencia. Luz y añoranza de cuando el futuro era una página en blanco, de cuando todo era posible y todo estaba por escribir. De aquel tiempo en el que los días de colegio transcurrían apacibles, como: *“Las mañanas que se parecen”*, y que aún no dejaban vislumbrar el devenir de nuestras vidas y que todavía no presagiaban que un día, una banda

sonora, (he buscado y escuchado cada uno de sus temas) y en particular, un concierto para oboe, volverían a hermanar nuestros caminos.

Agustín Farizo

Adam “Wróbel” Badziag, cuarto oboe de la orquesta filarmónica Báltica de Gdansk tiene (casi) todo lo que un hombre puede desear: un agradable trabajo, no en vano la música le salvó de una muy cruel y dura infancia, una novia que le quiere y una serie de rutinas que hacen que sus mañanas se parezcan.

Todo su pequeño universo de bienestar se viene abajo cuando descubre que Andzélika, su novia y segundo violín de la filarmónica, se enamora de Paul Blazer, pianista de la misma orquesta.

El dolor, la rabia y una furia incontenida hacen que Adam, después de una pelea absurda con Paul y otros episodios poco afortunados a causa de su desamor, pierda su trabajo y se encuentre además sin hogar.

A partir de este momento, una serie de situaciones inesperadas se irán concatenando de manera trepidante a través de varias ciudades como Barcelona, Múnich, Varsovia o Londres. En ellas, Adam, nuestro protagonista intentará darle un sentido y propósito a su vida.

Estamos ante una novela de acción trepidante, con giros muchas veces sorprendentes y con un final..., eso lo dejo para los lectores.

“Mañanas que se parecen” es el cuarto título de Manuel Julián como escritor y tiene su origen en un capítulo o narración breve de su anterior libro, “Frasas que hacen nidos”, titulado “Concierto para Oboe”. Cuando un escritor como Manuel Julián presenta el que es ya su cuarto libro, uno empieza a pensar que su carrera como escritor ya no es un proyecto, sino que es una realidad consolidada.

Si estoy escribiendo este prólogo es gracias a la persistencia inagotable de Manuel y a las redes sociales, que han hecho que un grupo de antiguos alumnos del Colegio La Seda nos hayamos podido reencontrar de nuevo después de tantos años.

Espero que disfrutéis del libro tanto como lo he hecho yo. Siempre es y será un placer poder compartir todos estos momentos con alguien tan especial como tú, Manuel.

Muchas gracias.

Francesc Espuny

Para Cristi, que trajo luz cuando me apagaba y me sostuvo en los peores momentos. En agradecimiento a su inspiradora fortaleza, de la que nunca presume.





## Ninfas y campos dorados

“No hay pocas personas buenas en el mundo, lo que ocurre es, que las malas hacen más ruido”

Dr. Raimon Roig.

**Varsovia. Invierno de 2014**

Adam no estaba muy seguro de lo que había pasado, de lo que había hecho. Miró las sábanas manchadas de sangre que a lo largo de todo ese día habían sido de un color blanquecino y aséptico pero que ahora tenían el aspecto de una gasa de carnicero y comenzó a temblar. El pecho le oprimía con una angustia oscura e infinita, pensó en todos los errores que había cometido, cada una de las equivocaciones que le habían conducido hasta ese momento, y no se sintió cómodo con las respuestas.

El frío que empañaba el cristal de las ventanas contrastaba con el ambiente tibio y estéril de aquella habitación, una atmósfera densa de hospital que apestaba a lejía, alcohol sanitario y muerte.

Él era una persona sencilla que jamás habría disparado a nadie, por eso sufría de ese repentino ardor de estómago, de náuseas que contuvo con todas sus fuerzas quemándole la garganta, una pesadilla que no desaparecería cerrando los ojos porque era real, y él era su protagonista.

En los ciento veinte años de historia del *Centro Hospitalario Wolski*, nunca había sucedido algo parecido y esto lo empeoraba todo. Si se entregaba, tendría que alegar que fue en defensa propia, y después habría una investigación, aunque en ese momento algo así carecía de importancia porque todo lo que había roto era ya irreparable.

Observaba con asombro el arma humeante en su propia mano sin poder reconocerse en lo que había hecho, era una indescriptible irrealidad que nunca había imaginado. El silenciador redujo el sonido del disparo a un chasquido metálico, aunque el personal sanitario no tardaría mucho en acudir.

Bajó tambaleante por la escalera de servicio sujetándose con torpeza a la barandilla, sus piernas parecían de cemento y jadeaba como un perro bajo la lluvia. Atravesó un corredor de suelo pulido y angosto, adentrándose en una zona restringida y poco iluminada, después llegó al pasillo de urgencias. Antes de salir al exterior arrojó el arma en un contenedor de residuos clínicos y aminoró el paso.

Detrás de todo lo que hacemos queda siempre un rastro, son como las cenizas después del incendio. Odiaba amarle tanto, cada minuto de su ausencia, el miedo a la pérdida, a sus consecuencias, a la carencia de sus besos, el silencio de su voz sepultada por la inmensidad del cielo nocturno y la inercia de los días. Un juego tortuoso de palabras que su mente trituraba como una destructora de

papel; naufragando en una rutina absurda de platos sin recoger, comida caducada, botellas vacías, ropa en desorden y correspondencia amontonada sin abrir. Todo eso era ahora ceniza.

La vida, como si se tratara de un ente cruel y caprichoso, le había despojado del sentido de las cosas, del futuro que había ansiado desde el principio como un preciado tesoro y no era sencillo admitir que en realidad la culpa era suya, lo podía ver cada día reflejado en su rostro, delante del espejo. Debía iniciar un proceso de reconstrucción que comenzaría por afrontar los hechos, por recoger los restos aún intactos, cambiar sus rutinas, quemar las fotografías y alejarse.

Sabía lo que debía hacer, lo difícil era encontrar el valor para hacerlo, abandonar su refugio tras una nube de humo y afrontar la realidad. No siempre es fácil reconocernos detrás de nuestros actos, de abrigar la tenue llama de la esperanza donde todo parece yermo y desolado. Aunque seguramente esas son las primeras hebras de un tejido llamado supervivencia.

Adam sabía algunas cosas sobre mantenerse íntegro y no desfallecer, pero lo de ahora era completamente nuevo, siempre había odiado los cambios, la improvisación y sin embargo desde ese momento, desde ese disparo, nada volvería ser como antes.

**Barcelona, seis meses antes**

La luz de la mañana, tímida y anodina languidecía en sombras que se alargaban decolorando las calles de la ciudad.

Ya subían las persianas de algunos comercios mientras que los empleados intentaban un saludo ahogado en bostezos. La actividad de cada día en un barrio de clase trabajadora comenzaba temprano, los primeros vecinos salían de sus portales, con sus niños y sus mochilas de colegio. Unos acudían a la oficina y otros eran operarios de camino a la estación. La ciudad enseguida se llenó de pasos que sustentaban la ilusión de un nuevo amanecer al tiempo en que la rutina emergía chirriante como un submarino oxidado.

Una suave música, un murmullo lejano y evanescente se filtraba entre el rumor del tráfico y el de miles de personas que abrazaban la esperanza de un nuevo amanecer. El músico polaco había escogido para hoy unas partituras de *Vaughan Williams*, comenzó con fragmentos de *Concierto para Oboe*. Su interpretación era cuidada y a la vez emotiva, un cálido sonido como el haz de luz que recorre la pared de un sótano y que sin pretenderlo puede crear una atmósfera que desafíe nuestro entendimiento. En realidad, era alguien que no encajaba, una rareza que destacaba entre el paisaje urbano. Lo había visto antes, siempre delante del Gran Teatro del Liceo, en *Las Ramblas*. Un hombre joven, delgado, de unos ciento ochenta centímetros de altura, con el pelo de color castaño claro, lo llevaba peinado excepto por un flequillo lacio que hilaba sobre sus ojos.

A pesar del calor del mes de junio, el músico, que no tenía otra ropa, vestía camisa blanca y un abrigo de paño grueso con botones oscuros. Su sombrero estaba en el suelo, mostrando las primeras monedas que a modo de ejemplo él mismo había arrojado. A su lado un vino barato en envase de cartón y el perro al que llamaba "*Chudy*", flaco en polaco. Había escogido ese nombre para que pudiera recordar la primera vez que lo vio. Fue una tarde de octubre, el perro

estaba acurrucado en el interior de una furgoneta abandonada. Intentó acariciarle el pelo, pero el animal dio un respingo hacia atrás y le amenazó ferozmente, no estaba acostumbrado al contacto humano, sus recuerdos eran muy confusos: insultos, esquivar las piedras y las patadas. Sentía cierta curiosidad por el tacto de aquel humano, pero su instinto, siempre alerta, le impulsaba a retraerse. Con el tiempo, Adam le había cogido cariño, no era precisamente un animal con pedigrí, pero él tampoco era gran cosa, un músico callejero mendigando unas monedas.

Una mañana, el charcutero del barrio le regaló algo de relleno para hamburguesas. Esa picada de carne acabó de convencer al animal y se apegó a su nuevo dueño como un náufrago a una tabla. Ahora, ese perro era su única compañía y la necesitaba, en cierto modo, tenía más cosas en común con Chudy que con cualquier otro humano, la permanente sensación de hallarse perdido o la incerteza de no saber cómo continuar.

La casera no le había autorizado a tener animales en su habitación, Adam era consciente de que ella muchas veces se mostraba indulgente, por lo que intentaba ser muy discreto. Después de varios meses, Chudy ya lamía la mano de Adam, sobre todo cuando se quedaba dormido escuchando música a través de unos auriculares. Era la manera en que el perro intentaba arrastrarle de la cama para salir temprano a la calle y hacer sus cosas. Solo una vez no pudo contenerse y orinó en la cocina, después se sintió muy avergonzado y comprendió que su vida había cambiado.

Ya era la hora, las ocho y media de la mañana de un nuevo y luminoso día. Adam Badziag humedecía la boquilla de su

apreciado oboe, un instrumento construido con madera de ébano y llaves de metal. Aquel en particular era el regalo que había recibido de su maestro durante el último año de academia. La cadencia que emite un oboe es capaz de expresar la mayor y más profunda de las tristezas. El sonido del oboe salía desde lo más recóndito de su ser. Si lo pensaba detenidamente, el oboe era lo único que nunca le había abandonado.

Algunos años atrás, Adam se encontraba ante un escenario muy diferente, estaba allí sentado entre los instrumentos de viento y maderas de la Filarmónica Polaca Báltica de Gdansk, era un dulce recuerdo. Aún conservaba aquella desgastada fotografía en el bolsillo de su abrigo, una imagen de entonces. Reunido con otros virtuosos concertistas brindaba alegremente por la vida, todavía parecía notar el áspero, y a la vez, hechizante sabor del vodka aromatizado por las frutas. Lágrimas de los dioses en un sorbo con la apariencia del agua y el efecto del disolvente.

Estaba muy lejos de Polonia y ahora debía conformarse con vino barato y otra clase de público, de transeúntes que no deseaban perder ni un instante en escucharle, en lugar de ello aceleraban el paso para alejarse de su sombrero. Quizá con una simple sonrisa habría bastado.

El perro, una mezcla de Labrador retriever y alguna otra criatura de la noche, padecía casi siempre del mismo apetito que su amo. Hoy, por ejemplo, cuando se asomaron al ventanal del asador se habría comido un pollo entero, todavía le parecía retener en su olfato aquel aroma a rustido regado con limón y salpicado de pimienta y romero, un jugoso bocado con el que soñar todo el día.

Seis horas después y habiendo recaudado casi veinte euros, Adam y Chudy regresaban a su humilde refugio, una claustrofóbica habitación en el ático de un edificio de viviendas de la calle Tallers. Comedor, cocina, lavabo, dormitorio y balcón en menos de treinta metros de eso que llaman un solo ambiente. La ventaja era que no había que caminar mucho, porque todo estaba muy cerca, literalmente a un paso. Era un espacio insípido y provisto de poco mobiliario, a pesar de ello y para su sorpresa encontró en el cajón de la mesita un reproductor de cedés portátil que había dejado abandonado su anterior inquilino. Una antigua joya de los ochenta que contenía un disco rotulado con la palabra, Vol.1, y unos sencillos auriculares.

El piso se encontraba en el barrio de El Raval, en pleno corazón de *Ciutat Vella*, un vecindario de fachadas ahumadas por la polución, de plazas y parques decorados con grafitis y suelos sembrados de colillas de marihuana. En una vivienda con dimensiones similares a la suya vivían tres familias de Ecuador, en la planta baja los manteros de Sudáfrica, en el primer piso, camareros del restaurante chino con sus esposas y media docena de niños. El segundo lo ocupaban musulmanes magrebíes, jornaleros. Todos ellos habían llegado hasta allí huyendo del hambre, de la miseria o fascinados por alguna promesa de prosperidad que nunca se cumpliría. Ahora, ya resultaba muy complicado aceptarlo y regresar. Los vecinos entraban y salían constantemente, a todas horas del día y de la noche, eran ruidosos, discutían y arrojaban restos de agua sucia por las ventanas. Él era el vecino del ático. A veces se sentaba en la azotea para pensar mientras acariciaba el pelaje vainilla de su perro, Adam pasaba allí un buen rato todas las noches, mirando el cielo contaminado por la luz de la ciudad hasta que el cansancio le vencía.



Antes fumaba, pero lo había dejado, era una de las pocas decisiones de las que no se arrepentía, no habría sido coherente con su profesión ya que necesitaba hasta el último aliento de sus pulmones para arrancarle el sonido más puro posible al oboe.

Su madre le dijo una vez cuando apenas había cumplido siete años:

—Hay respuestas si sabes escuchar.

Él estaba ahora ahí, sentado en el suelo esperando escuchar algo, quizá un mensaje encriptado de Dios, aunque no era fácil sintonizar.

La primera canción del reproductor era *Fields of gold*:

*“... juro por los días que me quedan, que caminaremos por campos dorados”*

Aquellos campos de trigo en la melodía de Eva Cassidy le evocaban la esperanza de los comienzos, de la dulce ilusión para ingenuos como él. Una suave brisa comenzó a soplar repentinamente; el viento y la tristeza guardan similitudes, ninguno de los dos se vea simple vista y, sin embargo, ambos pueden tener efectos devastadores.

Los rumores de la calle se adueñaban del silencio nocturno, y él permanecía allí sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared hasta muy tarde. La escalera olía a podredumbre y orín, pero esto era lo único que Adam podía pagar en un arrabal con noches de calor en verano, frío en invierno, ropa tendida, traficantes, prostitutas, gritos, portazos, platos rotos y sirenas. En pocas semanas sus oídos y su olfato se habían adaptado a casi todo.

Se aproximaba el temido final de mes y aún no había podido reunir el dinero del alquiler, trescientos cincuenta euros, una ganga teniendo en cuenta lo que pagaban otros. En la tarifa estaba incluida la electricidad y el agua, siempre dentro de unos límites de consumo, una nevera como único electrodoméstico y el impuesto del ayuntamiento. El gas funcionaba mediante bombonas de butano y cada inquilino debía adquirir su propio suministro. La casera, una enérgica mujer de casi noventa años vivía en los bajos, un exiguo habitáculo que en el pasado se había usado como portería. Adam ya le debía dos meses y evitaba coincidir con la anciana. De continuar así tendría que volver a la caja de cartón o al saco de dormir en el cajero automático.

Una vez, solo una vez, estuvo tentado a vender su preciado oboe, le habían hecho una oferta de cuatrocientos euros, una ganga por un instrumento de más de ocho mil, pero estaba tan borracho y desesperado que nadie quiso comprárselo. Nadie quería privarle de su único medio de subsistencia. A pesar de todo, esa mañana fue especial. Josep, el dueño de la charcutería Fortuny, le envolvió unas salchichas en un papel de estraza que Chudy estuvo lamiendo durante horas. La campanilla de la puerta sonó prometedora como un trineo tirado por media docena de renos. Josep Fortuny estaba fileteando un salmón que superaba los cien euros el kilo. La nutrida sección a la que llamaba Gran Gourmet incluía productos de importación, delicias para los paladares más refinados.

—¿Qué tal Adam?, ¿cómo te ha ido hoy? —Le preguntó Josep con una ligera expresión de ingenuidad—.

—Más o menos como ayer, ya sabes, no puedes estar seguro de lo que pasará cada día. —Adam siempre se sentía incómodo con las preguntas del charcutero.

—Sí, tienes razón. ¿Cómo tienes lo de tu regreso a Polonia? —Josep parecía muy atareado, pero no quería desaprovechar la oportunidad de una buena conversación.

—Estoy en ello. —Las respuestas de Adam eran siempre así, sin dar demasiadas pistas, para no hurgar de nuevo en su herida.

—¿Qué pasó con tu avión? —Josep añadía naturalidad y cierta familiaridad a su pregunta. —¿Se fueron sin esperarte? —Sonrió.

Adam intuía que finalmente, las salchichas tendrían un precio: —Digamos que lo perdí. Perdí el vuelo. ¿Tú nunca has perdido nada? —Josep detuvo el cuchillo sobre una fina capa de salmón, a continuación, miró de reojo a su mujer y sonrió pensativo. Adam no conocía el significado de aquella sonrisa, pero quizá era mejor no preguntar.

—Bueno, gracias por las salchichas..., que tengas un buen día. —Josep no dijo nada, pero dejó lo que estaba haciendo y acompañó al músico hasta la puerta: —Mira Adam, si hay una cosa que perdí hace mucho tiempo fue mi libertad..., de buena gana me iría ahora mismo contigo y con tu perro a recorrer las calles de Barcelona, o quizá las de toda Europa. —Josep estaba todavía saboreando el sonido de su última frase cuando una irritante voz rechinó en sus oídos reclamando el cumplimiento de sus obligaciones: —¿Piensas estar todo el día de cháchara o vas a terminar lo que has empezado? —La señora Fortuny le esperaba ante el salmón de Noruega. Ambos se quedaron perplejos como si se hubiera roto la “magia” del momento.

—Voy enseguida cariño —Respondió el señor Fortuny mientras torcía los ojos.

Josep Fortuny tenía una bicicleta apoyada en la entrada de su establecimiento, era un modelo antiguo. Adam se la quedó mirando.

—¿Te interesa la bicicleta? La tenía en un trastero y la he traído esta mañana hasta aquí porque no sé qué hacer con ella. Si la quieres, es tuya. Hinchando las ruedas, pasándole un trapo con algo de petróleo y poniendo un poco de aceite en los engranajes podría funcionar de nuevo.

—¿De verdad me la regalas? —preguntó Adam sorprendido por su amable ofrecimiento.

—Si la quieres, es tuya. Sé que estará en buenas manos y a mí me solucionarás un problema de espacio.

Adam se llevó muy contento la bicicleta a su ático. Esperaba que la casera no le descubriera, porque según decía, la escalera ya había sufrido suficientes desconchones. De camino a la calle Tallers, pensó en la conversación de esa mañana. Es cierto que deseaba volver a Polonia, pero de una forma inconsciente, lo estaba retrasando. Si se hubiera esforzado un poco más ya habría ahorrado el dinero del pasaje, pero tenía miedo de regresar y caer en ese gran agujero negro, en ese insondable vacío llamado ausencia. De no reconocer los mismos lugares por los que habían paseado en su juventud. De verlos ahora despojados de los detalles con los que se nutrían sus recuerdos: calles, parques y cafés que se le antojaban absurdos y desfigurados. Aún no estaba preparado, necesitaba más tiempo para soportar la idea de no verla de nuevo, para aceptar el hecho de que ahora estaría rodeada por unos brazos que no eran los suyos.

Su vida ahora era ahora mucho más sedentaria, pasaba mucho tiempo sin hacer nada, esperando a que todo se solucionara por sí solo. Había perdido peso, esto era evidente al ver cómo le colgaban los pantalones, pero la apatía se había adueñado de sus pensamientos y casi todo lo que antes tenía algo de sentido, ahora carecía de importancia.

Cada mañana era lo mismo. Cinco horas de concierto en la calle, un paseo, algo de comida basura, demasiado alcohol y todos sus habituales remordimientos. Un día completo, que era casi idéntico que el día anterior. Sus mañanas se parecían tanto, que ya no sabía si era lunes o sábado.

De vez en cuando Adam daba un paseo por el barrio, Chudy necesitaba hacer lo que hacen todos los perros. Pocos minutos después se encontraban en la Plaza de Cataluña, contemplando como las palomas se posaban sobre los turistas. Todo el mundo quería su foto rodeado de aquellos pájaros grises y egoístas:

—Quizá debería abandonar la música y comprarme una máquina de fotos. —  
Le dijo a su perro. Chudy no comprendió muy bien a qué se refería, pero se mantuvo atento.

Bajaron por la rambla en dirección al Paseo de Colón y pasaron por delante de la Boquería, uno de los mercados más antiguos del mundo y que en esos momentos estaba repleto de gente. Adam cerró por un instante los ojos y pudo captar el olor del bacalao, del azafrán y las frutas tropicales, Chudy todavía no comprendía por qué se habían detenido en medio de aquel hormiguero de humanos impacientes.

En seguida reanudaron el paso, pero a pocos metros se detuvieron de nuevo, esta vez frente al aparador de una galería de arte, en su interior había una enorme obra surrealista titulada "*Matar el tiempo*". Se trataba de un gran cuadro de cartón pluma que colgaba del techo por unos hilos invisibles de nylon. La fotografía en blanco y negro mostraba el estallido de un reloj en pequeños fragmentos. Entre las sombras podía verse una mano empuñando una maza de hierro. Adam se sentía, no podía evitarlo, como el reloj de la fotografía. Una imagen con muy poca luz, de larga exposición captando cada partícula en el que se había fragmentado su propia vida. Regresó a su modesta habitación y sin dejar de pensar en lo que había visto se tumbó sobre la cama. El techo, alto y sombrío, cuajado de imperfecciones, de grietas y pintura cuarteada era muchas veces su última visión de ese día. Cerró los ojos y la vio de nuevo, la fotografía. «¿Somos nosotros los que matamos el tiempo, o es él quien lentamente se apodera de nuestras vidas?»

Permanecer todo el día en la calle desde primeras horas de la mañana le estaba pasando factura. Los síntomas comenzaron a manifestarse como irritación de garganta, mocos y dolor muscular, era obvio que Adam estaba incubando la gripe. Hoy tampoco había cena, un par de galletas rancias y dormir era la mejor opción para paliar el hastío. El sopor del alcohol, el hambre y la pereza apagaban los ojos de Adam mientras que su mente flotaba en el tornasol de elegantes auditorios, de refinados espectadores sentados en uno de los suntuosos salones del Palacio Bonerowski, en Cracovia. A los pies de su cama, sobre una raída alfombra, descansaba el patio de butacas de sus sueños. En realidad, en la alfombra solo había un aburrido perro rascándose detrás de las orejas.

Las primeras notas de los romances de Schumann afloraron como la vaporosa falda de una ninfa. Giraba y saltaba descendiendo como una pluma sobre sus ojos, no era una imagen clara, pero la música invadía hasta el último rincón de su agotado subconsciente.

Por la mañana, el contraluz de la ropa tendida en los balcones proyectaba unas sombras que aleteaban sobre su cara. Adam Badziag conocía muy bien esa sensación de escozor de ojos y aspereza en la garganta, no era la primera vez que despertaba con resaca, esta vez agravada por la fiebre. Buscó a tientas las zapatillas y luego fue hasta el lavabo donde puso el cuello bajo el grifo. Chudy se tendió en la puerta sumido en una especie de abstracción a la espera de su paseo.

A muy temprana edad, Jolanta, la madre de Adam había adoptado la costumbre de llamarle "*Wróbel*"; gorrión en polaco. Ella le leía a menudo de la Biblia y tenían una frase para él, un lema sobre los gorriones inculcado a fuego durante su infancia: ..."*ni uno de ellos cae a tierra sin que su Padre lo sepa*". Las buenas noticias según Mateo capítulo diez. Jolanta había marcado esa página con un sencillo punto de libro: el tallo de una flor reseca. *Wróbel* habría preferido que su madre se hubiera inspirado en un héroe de los comics de Marvel en lugar de un pájaro en peligro de extinción, pero para ella, esa convicción tenía un profundo significado.

Solo los apóstoles Mateo y Lucas, hablaron de los gorriones, una vulgar avecilla de campo. La costumbre judía de las ofrendas permitía a los más pobres comprar dos gorriones, un sacrificio más económico que la medida de Efá, o unos

veintidós kilos de harina. En el caso de los gorriones, los mercaderes ofrecían tres al precio de dos.

Esa antigua referencia histórica hacía alusión al valor de la vida, incluso la más insignificante, ante la mirada de su Creador. Tiene sentido si alguien es padre y piensa en el bienestar de sus hijos por muy pequeños que sean. La madre de Adam lo creía:

—Adam, tú eres mucho más valioso que los gorriones. —Le había dicho su madre en incontables ocasiones. —Él siempre cuidará de ti—.

Adam no era demasiado creyente, su principal actividad era la música: los ensayos las partituras, la filarmónica, todo eso tenía para él un rigor casi religioso y el resto de consideraciones podría englobarse en algo parecido a aburridas discusiones filosóficas. No sabía de donde procedía la música si había surgido de forma casual y espontánea o había quizá un ser “alegre” que dotará a los humanos con la capacidad de disfrutar de la melodía, de comprenderla e interpretarla. Quizá nunca lo sabría, prefería simplemente continuar confiando en que quizá algo o alguien en el futuro le ayudarían a encontrar la respuesta, a descubrir cuál era su lugar, el motivo de su existencia.

A la edad de doce años, Wróbel se cayó desde un sexto piso por el hueco de una escalera, estuvo tres días en coma, pero al despertar, el médico le confesó que había vuelto a nacer y que debía poner el contador de su vida a cero. Wróbel dejó atrás el hospital sin las secuelas que normalmente habría podido sufrir a consecuencia del aparatoso accidente. El equipo de traumatología no supo cómo explicarlo. No desde la lógica científica. Todo eso se esfumaba viéndole salir por su propio pie a través de la puerta de emergencias.



Después de cumplir los dieciocho, la vida de Adam continuaba como antes, no había experimentado ninguna metamorfosis ni había descendido purpurina desde el cielo para hacer flotar sobre él una especie de aurora boreal resplandeciente y mística. El día siguiente era como el anterior y para romper con esa sensación de aburrimiento decidió desplazarse hasta el centro de la ciudad.

Normalmente Adam, cuando no iba caminando cogía un autobús, pero esta vez había decidido descender hasta las entrañas de la ciudad, así es que bajó las escaleras de acceso al metro en Plaza de Wilson. Varsovia dispone de dos líneas de metro con veintiocho estaciones perfectamente restauradas.

Ese día finalmente, no tendría nada de aburrido, ocurriría algo y sucedería allí mismo. Adam estaba sobre la elipse de la plataforma, absorto en sus pensamientos. El tren todavía tardaría más de cinco minutos en llegar y dio varios pasos hasta aproximarse al borde del andén para asomarse. Mientras esperaba, un chico pasó junto a él deslizándose en su monopatín, Adam vio a los lejos las luces del tren iluminando el oscuro túnel e instintivamente dio unos pasos hacia atrás. En ese mismo momento el chico del monopatín hizo un extraño giro y ambos chocaron aparatosamente. Adam perdió el equilibrio hasta caer en el foso de la vía, se había torcido el tobillo y no podía ponerse en pie cuando una intensa luz blanca iluminó su cara.

Un hombre con un abrigo largo, de paño color tostado se lanzó al foso para ayudarlo y consiguió sacarlo de allí dos segundos antes de que el tren entrara en la estación. El misterioso hombre desapareció entre la multitud y Adam

apenas pudo recordar cómo era. Un pasajero llamó a la ambulancia y se lo llevaron.

En 2004 Wróbel ya era el adulto que tanto había deseado durante su adolescencia, pero volvió a sufrir otro "*encuentro con Dios*". Esta vez un camión de cerveza perdió los frenos mientras Adam cruzaba la calle. Por algún extraño motivo, siempre se las arreglaba para estar en el lugar y en el momento menos adecuado. Esta sería la tercera vez que de una forma absurdamente fortuita se libraba por los pelos.

Mientras duró su convalecencia, todos le escribieron mensajes en la escayola, algún chiste recurrente sobre dejar la bebida, y otras genialidades. Regresó de nuevo hasta él la vieja historia sobre Wróbel, el gorrión caído y sobrevivió tantas veces a la muerte, que Adam se había convertido en una especie de escéptico creyente, por lo menos lo era a su manera. Escuchó a una edad muy temprana aquellos argumentos sobre "*El plan de Dios*", un propósito interrumpido en la línea de tiempo, pero que alguna vez se cumpliría.

No acudía a misa los domingos, pero deseaba creer que su vida obedecía a una intención mayor, y eso le motivaba. Quizá todos lo hemos creído alguna una vez. Era lo que siempre había deseado, lo que secretamente esperaba desde el principio. Formar parte de algo más grande. Sentir que todo lo bueno le aguardaba pacientemente y en silencio y que, en algún momento, en algún lugar ocurriría.

Nunca habló de ello con nadie, porque nadie lo habrían entendido. No era un fanático chillado ni un místico aferrado a sus mantras, simplemente en su interior sabía que era cierto, que había algo más allá de lo evidente y esto le ayudaba a

continuar y a percibir una fuerza dulce, serena y poderosa en el frágil revoloteo de una avcilla de campo.

Unos pocos, sin embargo, le consideraban un tipo con suerte, un superviviente, pero hasta los que sobreviven sufren cierto desgaste, un daño colateral o precio por flirtear con la muerte. De todos estos años había conservado las huellas y cicatrices propias de esa oscura época de su vida; los miedos, decepciones y fugaces alegrías que convivían con su sencilla existencia. Y hoy, que se encontraba sólo y abatido en una ciudad extraña, regresaba de nuevo al refugio de la música, él no era nada más que un oboísta intentando poner en orden su confusa memoria de ave en extinción. Una figura solitaria, desubicada y anónima en una fría azotea acariciando el pelo de su perro, un animal que, a pesar de todo, había decidido no abandonarle.